

VIGILIA PASCUAL
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
31 de marzo de 2018
Gén 22, 1-13.15-18

"Oh noche, realmente bienaventurada, que une el cielo y la tierra, noche en que el hombre reencuentra a Dios". Así, hermanos y hermanas, el diácono saludaba esta noche al hacer el anuncio de la Pascua. Una noche en la que el cielo y la tierra se dan la mano. Una noche en la que por el misterio pascual de Cristo nos es devuelta la gracia y somos asociados con los santos.

En esta noche, bienaventurada y gozosa, hemos escuchado reposadamente la Palabra de Dios y hemos visto cómo en otro tiempo Dios empezó a llevar a cabo la salvación de la humanidad hasta que envió a su Hijo para redimirnos. Entre las lecturas que hemos escuchado, me quisiera detener ahora en la de Abraham y Isaac, era la segunda. Dios pidió a Abraham, según decía la narración bíblica: *Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en holocausto.* Isaac era el hijo que Dios le había prometido cuando Abraham era joven y que no tuvo hasta su vejez, era el que tenía que hacer posible que la descendencia de Abraham fuera *tan numerosa como las estrellas del cielo.* Abraham amaba entrañablemente a Isaac, y ahora Dios le pedía que lo sacrificara cuando aún era joven y no había tenido descendencia. ¿Cómo se podría hacer realidad la promesa que había recibido? Pero Abraham se fió de Dios y obedeció. Abraham se puso en camino hacia el lugar que Dios le había indicado. Un poco antes de llegar al sitio, dejó los acompañantes: *yo y el chico hasta allá a adorar.* Isaac lleva al hombro la leña para el sacrificio. Acaban el último trozo de camino. Avanzan en silencio; ¿cuál sería el pensamiento de Abraham acompañando a su hijo a la muerte? ¿Cuál sería el pensamiento del hijo junto al silencio de su padre? Sólo una frase: *padre, tenemos la leña y el fuego para encenderla, pero el cordero que debemos ofrecer ¿dónde está?* Y Abraham, que sabía qué se le había pedido, responde: *Dios proveerá el cordero, hijo mío.* Y llegados al lugar, lo dispone todo para el sacrificio. Isaac, con un silencio dramático, ya estaba sobre la leña y Abraham ya había cogido el cuchillo para degollarlo. La fe no le debía ahorrar la angustia y el sufrimiento. Como dice san Pablo en la carta a los romanos, *Abraham creyó en Dios que hace revivir a los muertos* de la misma manera que *llama a la existencia lo que no existía* (Rom 4, 17). Creía por tanto, que Dios sería capaz de devolverle con vida al *hijo* después de haberlo *sacrificado en holocausto.* Pero Dios no quería la muerte de Isaac. Quería hacer crecer la fe de Abraham para que aprendiese a fiarse totalmente de él, más allá de todo. Por eso le dice que no haga nada a Isaac. Y aparece un *carnero* que ofrece en sacrificio. Entonces, Dios dice a Abraham: *por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa.*

Todavía un detalle. El episodio, de origen popular, redactado a partir de las antiguas narraciones sobre los patriarcas, tiene lugar, tal como dice el texto, a Moria. Moria es la montaña donde siglos después, según la tradición de Israel, fue construida la ciudad de Jerusalén con el templo en la parte más alta. En uno de los lados de esta pequeña montaña, fuera de la muralla, esta según la tradición cristiana, el Calvario y el Santo Sepulcro.

Muchos siglos después, pues, otro Hijo único, descendiente de Abraham, descendiente de Isaac, hijo de María e Hijo del Padre eterno, se llevaba él mismo el instrumento para su suplicio. Era bien consciente a dónde iba: *Jesús sabía que había llegado su hora; la hora de amar hasta el extremo* (cf. Jn 13, 1). ¿Cuál sería su

coloquio con el Padre a lo largo del camino? No lo sabemos. Pero se debía mover entre la oración confiada, la voluntad de llevar a cabo el plan de salvación y la angustia humana ante el sufrimiento. Y, por encima de todo, debía expresar el amor total y la confianza sin fisuras. El Padre, ante el Hijo de sus complacencias (Lc 3, 22), guardaba silencio y amaba; era un amor lleno de compasión por el Hijo y por la humanidad. Así lo dice San Pablo: *Dios no perdonó a su propio hijo, sino que lo dio por todos nosotros* (Rm 8, 31); así lo dice también san Juan: *Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único* (Jn 3, 16). De este modo, Dios ha manifestado en Jesucristo su amor inmenso a la humanidad (cf. Rom 8, 39).

Dios no quería, sin embargo, que su Hijo experimentara la corrupción del sepulcro (cf. Hch 2, 24-27). Sin embargo, Jesús tuvo que pasar por la muerte, ofreciendo su vida en holocausto, antes de resucitar victorioso y de manifestarse glorioso a la humanidad "como el sol en día sereno" (cf. Exultet). En él se hace realidad la promesa que Dios había hecho a Abraham: todos para bendecirse se valdrán de tu descendencia. De aquel que es su descendiente por excelencia. Para bendecirnos nos valemos de Jesucristo, triunfador de la muerte, del pecado y del mal. En él encontramos la luz y la fuerza para construir un mundo mejor y también para trabajar con esperanza, cada uno desde su lugar, para superar las dificultades graves que tiene nuestro pueblo.

En Jesucristo se hace también realidad otra promesa hecha a Abraham: que su descendencia se multiplicaría por toda la tierra y que sería padre de todas las naciones. Por el misterio pascual, Dios cumple lo que juró a Abraham ofreciendo a todos los pueblos la gracia de la adopción filial por medio del bautismo (cf. oración después de la lectura segunda).

Esta gracia, la recibimos al ser bautizados y ahora renovaremos las promesas de ese día con la voluntad de ser cada vez más fieles al don que recibimos, ayudados por la gracia divina. Además, en esta noche santa, Dios concede también la gracia bautismal a Bruno Oliver, a Nil Setó y a Arán Suñé. Los sacramentos son obra del amor de Dios y fruto de la Pascua de Jesús, pedimos, pues, que los tres, que en las fuentes bautismales recibirán el don de ser hijos de Dios, sean siempre fieles. Todos nosotros nos uniremos a ellos en la profesión de la fe de la Iglesia y renovaremos nuestros compromisos bautismales. Después, el Señor nos preparará la mesa eucarística y Àuria Suñé, Bru y Nil, participarán de ella, también, por primera vez. Vemos, pues, cómo en la Iglesia se empieza a cumplir, por la Pascua de Jesucristo, lo que Abraham y los otros patriarcas creyeron y esperaron (cf. oración después de la lectura cuarta). Por ello debe resonar nuestro canto gozoso y agradecido por la resurrección de Cristo y por los frutos que sigue dando también a nuestros días. Llevados por el Espíritu Santo, alabamos "el Padre omnipotente, Dios invisible, y su Hijo único, Jesucristo nuestro Señor" (cf. Exultet).